¿Podría ser el PRI el Partido que necesita México?

La Asamblea Lo Decide

31- Octubre 1979

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA.

Hoy y mañana se efectuará la décima asamblea nacional del Partido Revolucionario Institucional. Conforme a la convocatoria publicada el 9 de octubre, esta reunión se ocupará: del informe de labores que rinde el Comité Ejecutivo; de hacer un balance de la situación nacional y la administración pública, a la luz del programa de acción del partido; de elegir y ratificar al presidente y secretario general; de "conocer un documento que presenta el Comité Ejecutivo Nacional, que comprende las apreciaciones de nuestras organizaciones y distinguidos militantes sobre qué partido queremos en el futuro. Desprender de su contenido las orientaciones y estrategias de orden político-social que se consideren necesarias buscando la adecuación de la acción pertinente de las actividades del porvenir" (sic)); y en consecuencia de reformar el programa de acción.

La naturaleza misma del partido ha hecho que hasta ahora, la importancia real de las asambleas sea mínima. Sus dos funciones principales: nombrar a los dirigentes mayores y aprobar los documentos básicos carecen en realidad de significación. Nadie espera que Gustavo Carvajal y José de las Fuentes Rodríguez dejen de ser ratificados presidente y secretario general, respectivamente. Que recordemos, nunca una asamblea ha sido propiamente electora. Se ha limitado a corroborar decisiones adoptadas con anterioridad para el Consejo Nacional, que a su vez no hace más que consagrar resoluciones presidenciales, pues a todo mundo le queda claro que en la práctica la cabeza del partido actúa como si fuese miembro del gabinete, respecto de cuyos miembros el presidente de la República tiene plena libertad para designar y remover.

Ni siquiera el año pasado, cuando en agosto se efectuó la novena asamblea, era de esperarse en serio que se nombrara un sustituto de don Carlos Sansores Pérez. Ciertamente, era generalizado el sentimiento acerca de la precariedad con que se sostenía en su cargo el ahora director del ISSSTE. Mas hubiera sido una circunstancia excepcional, y escandalosa, el que se hubiese elegido tal ocasión para suplirlo. De ahí que hubieran tenido que transcurrir varios meses para que el necesario relevo se produjera.

Por lo que hace a la formulación o revisión de los documentos básicos, no pecaremos de escepticismo si decimos que ésta ha sido una tarea irrelevante de las asambleas priístas. Impresiona ya, de salida, el número de éstas, lo que indicaría un partido en permanente reforma, lo cual es bueno o malo según el documento de que se trate. Una declaración de principios que se modifica con demasiada frecuencia indicaría volubilidad en cuanto a los postulados principales, condición que no es adecuada para ningún partido. Es distinto, sin embargo, en lo que atañe al programa de acción, que sí debe ser modificado constantemente, al cotejo con los hechos de la realidad cambiante.

Hay que hacer notar, incidentalmente, que el ritmo con que vienen efectuándose asambleas nacionales se ha incrementado en los últimos lustros. En los primeros veinte años del PRI se efectuaron sólo cuatro asambleas nacionales, mientras que en los quince años siguientes han tenido lugar seis, al punto de que las últimas cinco han correspondido a cada uno de los otros tantos presidentes que en esta década han encabezado el PRI; la sexta fue convocada por Manuel Sánchez Vite; la séptima por don Jesús Reyes Heroles, la octava por don Porfirio Muñoz Ledo, la novena por Sansores y la décima por Carvajal.

Esta décima asamblea se realiza en un momento de grave abatimiento para el partido. Es cierto que en las elecciones federales de julio anterior y en las locales de varias entidades de la República efectuadas recientemente ratificó su carácter de organización electoralmente dominante. No puede hablarse de fracaso electoral de un partido que gana doscientas noventa y una bancas de doscientas noventa y cinco que entonces se decidieron. Pero es bien sabido que el PRI debiera tener un doble carácter. Por un lado es una maquinaria electoral. Como tal, habría que achacarle una proporción importante entre las causas del abstencionismo. Pero, más importante que aquella función es la de ser aglutinante de las masas organizadas del país en pos de soluciones a los problemas de esas masas, lo que equivale a decir que el PRI debe ser promotor de los mejores intereses nacionales.

Salvo la reciente reunión de partidos latinoamericanos nacionalistas y revolucionarios, no puede anotarse en el haber del partido gubernamental una acción, siquiera retórica como la de Oaxaca, que le haga cumplir este papel que históricamente jugaron, en sus momentos, sus predecesores, el PNR y el PRM. Ahora mismo, el documento sobre el partido que los militantes quieren, dista de ser fruto de una consulta que reclame justamente de los militantes su opinión sobre la organización partidaria a la que pertenecen. Todo lo más, será una elaboración de los cuadros dirigentes, que no se singularizan hoy por su claridad ideológica, por su experiencia, o por su empuje progresista. Tanto es así esto último, que entre broma y veras ya se dice entre miembros relevantes del partido en el poder que todos cuantos creyeron que después de don Lauro Ortega no podría haber otro presidente más gris están teniendo que rectificar sus puntos de vista.

Admitiendo el hecho inmodificable a corto plazo de que el partido Revolucionario Institucional tiene tal fuerza que sigue copando la inmensa mayoría de los puestos de elección popular en el país, tiene sentido que aún los no militantes de él nos preguntemos por la clase de organismo que en esta hora sería la menos inconveniente para la democracia nacional. Suele alegarse que quienes no tenemos carnet priísta no debemos entrometernos en los asuntos internos de ese partido, como si no fuese abrumadora verdad el hecho de que la omnipresencia del PRI lo hace que sus tareas y omisiones conciernan a todos los ciudadanos.

El partido que la nación necesita, en nuestra opinión, requeriría en primer término ser un partido con militantes auténticos, no forzados ni formales. A nadie puede caberle duda de la capacidad de movilización popular que tiene el PRI. Entre los dirigentes del partido se tiene por elevado mérito el saber cuánta gente puede desplazar cada uno de ellos, por más que esta movilización no ocurra para conseguir satisfacciones de clase, sino sólo para manifestar gratitudes a quienes en el mejor de los casos cumplen sus deberes. Pero esta capacidad de control no nace de la conciencia militante de los priístas, sino de mecanismos de forzamiento, que debieran ser excluidos.

A continuación, el PRI tendría que aprovechar la fuerza de esos militantes para convertirse en la vanguardia del gobierno, en instrumento que fuerce a éste a la adopción de medidas populares y nacionalistas. Hoy, el PRI a la zaga del aparato gubernamental. Carece de capacidad para tirar de él hacia adelante.

Usted dirá que estas dos condiciones son imposible de cumplir, por la índole misma del partido gubernamental. Tal vez sea así. Pero como lo tendremos con nosotros durante largo tiempo lo menos que podemos hacer es desear que no sea sólo la insolente maquinaria del poder para prolongar su existencia.